Tanta calidez entre nosotros

No hace falta esperar a otra vida para estar cerca



Laura Bellini

Tanta calidez entre nosotros

No hace falta esperar a otra vida para estar cerca

Laura Bellini

ROMANS

ISBN: 9788384905982

ALL-IN Rafał Płonkowski



ÍNDICE

INTRO 4
Capítulo 1 - La primera llama 11
Capítulo 2 - Entre lo que compartimos 21
Capítulo 3 - Las cosas que no se ven 35
Capítulo 4 - Fuera del horario de trabajo 46
Capítulo 5 - El derecho a seguir mi propio ritmo 61
Capítulo 6 - Cuando dejamos de fingir 69
Capítulo 7 - Lo que no decimos 80
Capítulo 8 - Su mundo, mi lugar 91
Capítulo 9 - El riesgo que asumimos juntos 104
Capítulo 10 - Algo más que amistad 119
Capítulo 11 - Un lugar el uno junto al otro 133
Capítulo 12 - Las palabras que tememos 144
Capítulo 13 - El precio de las propias decisiones 155
Capítulo 14 - Una verdad que no puede dividirse 166
Capítulo 15 - Cuando los demás empiezan a mirar 177
Capítulo 16 - El límite que duele 188
Capítulo 17 - Lo que tenemos que hacer por nosotros mismos 199
Capítulo 18 - El primer paso de vuelta el uno hacia el otro 209
Capítulo 19 - Te elijo sin reservas 221
Capítulo 20 - Tanta calidez entre nosotros 232

INTRO

El taller olía a arcilla húmeda, café y madera, la misma que llevaba años utilizando como estanterías. Me gustaba especialmente aquel aroma al caer la tarde, cuando el mundo al otro lado de las ventanas se quedaba en silencio y yo por fin podía dejar de responder a las expectativas de los demás. Me quedaba a solas con mis piezas, mis ideas inacabadas y un silencio que nunca me había resultado incómodo. Sin embargo, aquella noche tenía un plan muy concreto. Antes del lunes debía preparar las fotografías de doce obras para una pequeña galería de Toruń. La propietaria se había interesado por mi nueva colección y me había pedido una propuesta para una exposición. No pensaba desperdiciar aquella oportunidad solo porque los últimos meses hubieran estado ocupados por los preparativos para poner en funcionamiento el nuevo horno.

Sobre la mesa descansaba un cuaderno con las medidas, junto a la cámara fotográfica y una lista de las piezas que pensaba presentar. No eran perfectas. Uno de los cuencos tenía el borde irregular, en la superficie de otro había quedado la huella de un dedo y tres pequeños jarrones presentaban diferentes tonalidades de esmalte. Precisamente por eso me gustaban. No quería crear objetos que parecieran sacados de un catálogo. Me interesaban las cosas que tenían personalidad propia, aunque a veces eso significara aceptar sus imperfecciones. Tenía cincuenta y siete años y experiencia suficiente para saber que ya no necesitaba demostrarle a nadie que era capaz de trabajar. Pero seguía queriendo conseguir algo. No por costumbre, ni para llenar el tiempo libre. Lo quería por mí misma.

Desplacé uno de los cuencos hasta el centro de la mesa y retrocedí un paso. La luz de la lámpara resaltaba el cálido tono arena del esmalte. Hice una fotografía, comprobé el encuadre y torcí el gesto. El fondo era demasiado oscuro. Cambié la posición de la lámpara, moví el cuenco y volví a coger la cámara. Fue entonces cuando escuché un coche detenerse delante del taller.

No necesitaba mirar por la ventana para saber quién había llegado.

Mieczysław Lis tenía una manera muy particular de cerrar la puerta del coche. Nunca la cerraba de un portazo, pero tampoco la dejaba mal encajada. Un momento después se oyeron sus pasos sobre el sendero de piedra y, a continuación, dos breves golpes en la puerta.

—¡Está abierta! -grité, sin apartar la mirada de la cámara.

Entró con una caja de cartón bajo el brazo. Llevaba un jersey oscuro y una chaqueta que, al parecer, se había quitado justo antes de entrar. Su cabello gris estaba algo despeinado, como siempre después de pasar el día entre el polvo y los materiales del taller. Tenía sesenta y un años, pero se movía con la energía de alguien que todavía encontraba más motivos para mantenerse activo que para descansar.

—Veo que otra vez estás trabajando hasta tarde.

—Y yo veo que otra vez estás contando mis horas.

—Alguien tiene que vigilar que te acuerdes de hacer pausas.

—Tengo cincuenta y siete años, Mieczysław. Durante la mayor parte de ese tiempo me las he arreglado bastante bien.

Sonrió mientras dejaba la caja en un espacio libre de la mesa.

—No lo dudo. Pero durante la mayor parte de ese tiempo tampoco tenías este desorden sobre la mesa.

Lo miré con fingida indignación. Me conocía demasiado bien para dejarse impresionar por mi expresión. Nuestra relación se remontaba a muchos años atrás. Recordaba mi primer taller, mis primeros intentos fallidos de cocción y aquella época en la que estaba convencida de que bastaba con presionar la arcilla con suficiente fuerza para conseguir que obedeciera. Yo conocía su paciencia, su obstinación y aquella tendencia suya a corregir cosas que, a juicio de los demás, no necesitaban ningún arreglo. Diseñaba hornos cerámicos y era capaz de hablar de temperaturas, aislamientos y curvas de cocción con la misma pasión con la que otras personas hablaban de sus viajes.

—¿Qué has traído? -pregunté.

—El componente que me pediste. El de la unidad de control. No quería dejarlo en la puerta, porque alguien podría pensar que es una pieza para reparar una lavadora.

Abrió la caja y me mostró un pequeño componente metálico. Lo examiné y asentí.

—Gracias. Me vendrá muy bien.

—¿Y las fotografías?

—Como puedes ver, estoy en ello.

Se acercó un poco más a la mesa. No tocó ninguna de las piezas, aunque sabía que tenía ganas de examinarlas de cerca. Siempre me preguntaba antes de coger uno de mis objetos de cerámica. Aquel pequeño detalle decía más de él que muchas grandes declaraciones. Podía ser obstinado, a

veces incluso irritantemente seguro de tener razón, pero jamás trataba mi trabajo como algo que pudiera mover de un lado a otro sin pensar.

—¿Es una colección nueva? -preguntó.

—Sí. Me gustaría exponerla en una galería de Toruń.

—¿Te gustaría exponerla o vas a hacerlo?

—No empieces.

—Solo pregunto si ya has enviado la propuesta.

—Todavía no. Tengo que hacer las fotografías, preparar la descripción y decidir qué piezas combinan mejor entre sí.

Observó el cuenco que tenía más cerca.

—Este debería ir primero.

—¿Por qué?

—Porque no intenta aparentar ser algo que no es.

Aquella frase me sorprendió. Lo miré con más atención, pero su rostro no revelaba si lo había dicho por casualidad o si pretendía insinuarme algo. Mieczysław rara vez hablaba directamente de cuestiones personales. Sin embargo, a veces bastaba una sola frase suya para alcanzar un lugar al que otros no habían conseguido acercarse en años.

—¿Ahora también entiendes de cerámica? -pregunté.

—No exageres. Después de tantos años, al menos sé cuándo no debo fingir que soy un experto.

Me reí suavemente. Me gustaba su sentido del humor, sobre todo cuando no intentaba hacer reír a nadie a la fuerza. En su compañía no tenía que vigilar cada palabra. Tampoco necesitaba explicar por qué a veces prefería quedarme hasta tarde en el taller en lugar de volver a casa y encender el televisor. Comprendía mi apego al trabajo,

aunque él organizaba su vida de una manera completamente distinta.

—Quiero enviar todo el lunes -dije-. Después me ocuparé de mis propios asuntos. Una cosa es el horno y otra muy distinta que vaya a organizar toda mi vida alrededor de él.

—Y haces bien.

—Esperaba que intentaras convencerme de realizar más pruebas.

—No necesito convencerte de nada. Basta con que tengas claro lo que quieres.

Me volví hacia la mesa para disimular mi sonrisa. Había algo peligrosamente agradable en la facilidad con la que sabía darme espacio. No se imponía, no me corregía sin preguntarme y no intentaba hacerse responsable de mis decisiones. A veces tenía la impresión de que precisamente por eso me resultaba tan natural dejarlo formar parte de mi vida cotidiana.

El teléfono vibró sobre el alféizar de la ventana. En la pantalla apareció un mensaje de la galerista en el que me pedía que confirmara la fecha. Respondí brevemente que enviaría el material el lunes y dejé el teléfono en su sitio. Mieczysław me miró con aprobación.

—Así que hay un plan.

—Lo ha habido desde el principio.

—Lo sé. Solo que a veces olvidas que puedes cambiarlo.

—Y tú a veces olvidas que no todas las cosas necesitan que las diseñes tú.

Esta vez fue él quien se echó a reír. Después levantó la caja, como si ya se dispusiera a marcharse, pero se detuvo junto a la puerta.

—Mañana vendré más temprano. Tenemos que concretar algunas cosas antes de poner en marcha el horno.

—Lo sé.

—Y no trabajes hasta medianoche.

—No te lo prometo.

—Eso me imaginaba.

Se quedó un momento más, como si quisiera decir algo. No le pregunté. A veces surgían entre nosotros esos instantes en los que una conversación corriente parecía quedarse pequeña para algo que ambos sentíamos, aunque ninguno intentara ponerle nombre. Entonces bastaba una mirada, una sonrisa discreta o un cambio de tema. Con los años habíamos aprendido a esquivar aquellos lugares con la habilidad de quienes no quieren destruir algo que consideran importante.

Cuando finalmente se marchó, permanecí inmóvil durante unos instantes, escuchando cómo se alejaba el coche. Después volví a las fotografías. Moví la lámpara, coloqué el cuenco y miré la pantalla de la cámara. El encuadre era bueno, pero por primera vez aquella noche no conseguía concentrarme exclusivamente en mi trabajo.

Sobre la mesa estaba la lista de tareas pendientes, dentro de la caja esperaba el componente de la unidad de control y el lunes debía enviar la propuesta para la exposición. Todo estaba en su sitio. Y, sin embargo, su presencia había dejado en mí una inquietud que no conseguía relacionar con ningún problema profesional.

Durante años me había acostumbrado a que Mieczysław estuviera cerca. A saber que podía llamarlo cuando algo dejaba de funcionar, pedirle consejo o simplemente contarle algo que me había alegrado el día. Nunca me había

preguntado si quería algo más de él. O quizá nuestra amistad había seguido siendo tan cómoda precisamente porque nunca me había hecho esa pregunta.

Apagué la lámpara que iluminaba la mesa y volví a mirar la puerta por la que había desaparecido. Al día siguiente pondríamos en marcha juntos el nuevo horno. Sabía que él insistiría en sus soluciones y que yo defendería las mías. También sabía que encontraríamos la manera de trabajar juntos.

Lo único que no sabía era si sería capaz de permitirle quedarse también cuando dejáramos de tener una razón profesional para encontrarnos. Y si él alguna vez se atrevería a pedírmelo.

Capítulo 1 - La primera llama

Me desperté antes de lo previsto. Al otro lado de la ventana todavía reinaba una mañana gris y una fina capa de humedad cubría el cristal. Permanecí unos instantes tumbada, sin moverme, escuchando los sonidos de la casa. No tenía ningún motivo para apresurarme y, sin embargo, la idea del nuevo horno no me permitía volver a dormir. Aquel día comenzaría la primera cocción de prueba en condiciones reales. Llevaba semanas preparándome para ese momento, ahorrando dinero, eligiendo materiales y consultando distintas soluciones con un hombre que sabía más de hornos que cualquier otra persona que hubiera conocido. Un hombre cuya presencia últimamente empezaba a despertar en mí preguntas que nada tenían que ver con la cerámica.

Me levanté, preparé café y bajé al taller. Primero comprobé la temperatura de la estancia, después la ventilación y la disposición de las estanterías. Todo estaba listo. Sobre la mesa descansaba mi cuaderno de notas y, a su lado, varias pequeñas muestras de esmalte que había preparado especialmente para las primeras pruebas. No pensaba introducir piezas valiosas en el horno nuevo, pero quería comprobar cómo reaccionaba el material que utilizaba con mayor frecuencia. No me interesaba únicamente saber si el aparato alcanzaría la temperatura prevista. Necesitaba descubrir si podría confiar en él durante mi trabajo cotidiano.

Mieczysław llegó unos minutos después de las ocho. Lo vi a través de la ventana mientras sacaba del coche una carpeta plana con documentación. Esta vez no llamó a la

puerta. Sabía que ya estaba dentro, así que simplemente entró.

—Buenos días, señora directora.

—Buenos días, señor diseñador. Llegas cuatro minutos tarde.

—Es porque, de camino, me ha detenido un hombre que consideraba imprescindible hablar conmigo sobre su chimenea.

—Podrías haberle dicho que las chimeneas no son tu especialidad.

—Se lo dije. No me creyó.

Se quitó la chaqueta y la colgó en el perchero. Durante unos instantes observó el taller, como si estuviera evaluando no solo la preparación del espacio de trabajo, sino también mi estado de ánimo. Yo llevaba unos pantalones oscuros, una camisa clara y un delantal de trabajo. Me había recogido el pelo de cualquier manera para que no me molestara mientras trabajaba. Mieczysław mantuvo la mirada en mi rostro un poco más de lo que exigía un saludo corriente, pero no hizo ningún comentario. Yo tampoco pensaba ponérselo fácil.

—¿Está todo preparado? -preguntó.

—Podemos empezar.

—Primero me gustaría revisar la documentación.

Suspiré teatralmente, pero le entregué la carpeta. La examinó con detenimiento, comprobando cada una de las indicaciones. No lo hacía por el simple placer de controlar el trabajo ajeno. Lo conocía lo suficiente para saber que, cuando algo debía hacerse correctamente, era incapaz de pasar por alto el más mínimo detalle. Aquella cualidad era

una de las razones por las que confiaba en él. También era una de las causas de nuestras discusiones más persistentes.

—La instalación eléctrica ha sido revisada -dije-. La ventilación funciona. Ayer volví a comprobar el sellado de la puerta.

—Lo sé. He hablado con el electricista.

—Por supuesto que has hablado con él.

—No creo que eso sea motivo de reproche.

—No te estoy reprochando nada. Simplemente me pregunto si alguna vez dejarás de comprobarlo todo a mis espaldas.

Levantó la mirada de los documentos.

—No compruebo las cosas a tus espaldas. Compruebo aquello de lo que soy responsable.

—Y yo soy responsable del taller.

—Precisamente por eso debemos saber dónde termina la responsabilidad de uno y dónde comienza la del otro.

No respondí inmediatamente. Su comentario era razonable, pero sonó como el anuncio de una conversación que no quería mantener antes de la primera puesta en marcha. Dejé el cuaderno sobre la mesa y me acerqué al horno.

Era más grande que el anterior y había sido construido de acuerdo con mis requisitos, aunque algunas soluciones habían sido propuestas por el propio Mieczysław. Disponía de más espacio para piezas de mayor tamaño, permitía controlar la temperatura con más precisión y contaba con una configuración que me daba la posibilidad de experimentar con distintos tipos de esmaltes. No había sido una compra impulsiva. Había invertido en él una parte

considerable de mis ahorros y llevaba muchos meses tomando aquella decisión. Confiaba en que, gracias a ese horno, mi taller dejaría de ser un lugar en el que me limitaba a reproducir diseños conocidos. Quería desarrollar un lenguaje cerámico propio.

—He preparado las muestras -dije, mostrándole las pequeñas placas-. Quiero colocarlas en tres puntos de la cámara.

—Hoy no.

Lo miré.

—¿Cómo dices?

—Hoy vamos a probar el aparato sin tus esmaltes. Comprobaremos la distribución de la temperatura, el comportamiento del controlador y la estabilidad del funcionamiento. No vamos a mezclar varias variables durante la primera puesta en marcha.

—Pero estas muestras no están elegidas al azar. Conozco su composición.

—No estoy cuestionando tus conocimientos sobre esmaltes.

—Entonces no entiendo cuál es el problema.

Mieczysław dejó la carpeta y se acercó al horno. Se agachó junto a la parte inferior de la carcasa para comprobar la fijación de uno de los componentes.

—Si los resultados no son correctos, necesitamos saber si el problema está en el aparato, en el sistema de control o en el material. La primera cocción debe proporcionarnos un punto de referencia. No quiero que después tengamos que adivinar por qué algo se ha comportado de una manera distinta a la que esperabas.

—Y yo no quiero pasar las próximas semanas probando únicamente para poder hacer más pruebas. Necesito un horno para trabajar, no para admirar sus parámetros.

—Sé para qué lo encargaste.

—¿De verdad? Porque a veces tengo la impresión de que te importa más que todo funcione según tu diseño que conseguir que funcione para mí.

Se incorporó despacio. No parecía ofendido, sino más bien un hombre que acababa de escuchar una acusación que merecía una respuesta sincera.

—Lo diseñé siguiendo tus requisitos. No mis propias ambiciones.

—Pero ahora quieres decidir cómo debo utilizarlo.

—Quiero decidir cómo realizar de forma segura la primera prueba. Después podrás hacer con él lo que quieras.

—¿Siempre que primero obtengas los resultados que consideras adecuados?

—Siempre que no finjamos que el aparato está listo simplemente porque los dos estamos impacientes por hacer la primera cocción.

Aquellas palabras me afectaron más de lo que deberían. Tenía razón, y no me gustaba dársela cuando hablaba con ese tono de alguien convencido de conocer la solución. Apoyé las manos sobre la encimera y durante unos instantes contemplé las muestras que había preparado. Sabía cuánto trabajo había invertido en ellas. Cada una estaba identificada, descrita y preparada para conseguir un efecto concreto. Sin embargo, tampoco quería arriesgarme a dañar el horno nuevo solo para demostrar que era capaz de tomar mis propias decisiones.

—De acuerdo -dije finalmente-. Hoy haremos la prueba técnica. Pero mañana quiero empezar a trabajar con el material.

—Si los resultados de hoy son correctos, estableceremos la siguiente fase.

—No has dicho que estés de acuerdo.

—He dicho que lo estableceremos. No voy a prometerte algo que todavía desconozco.

—¿Sabes que puedes llegar a ser insoportable?

—Desde hace mucho tiempo.

Sonreí a mi pesar. Había algo en él que al mismo tiempo me irritaba y me tranquilizaba. No intentaba ganar la discusión a cualquier precio. Cuando establecía un límite, sabía justificarlo. Y cuando se equivocaba, era capaz de reconocerlo, aunque normalmente necesitaba unos minutos para llegar a la conclusión correcta.

Nos pusimos manos a la obra. Mieczysław comprobaba los distintos elementos del sistema mientras yo preparaba la cámara de acuerdo con el plan acordado. Colocamos los sensores de medición y los elementos de control. No necesitaba que me explicara los conceptos básicos, pero sí prestaba atención a detalles que podían pasar inadvertidos incluso para alguien con mucha experiencia. Por mi parte, observé que una de las placas no debería colocarse en el lugar previsto en su esquema original. Le expliqué cómo pensaba organizar las piezas de mayor tamaño y le mostré por qué necesitaba una distribución ligeramente diferente.

—Tienes razón -dijo después de examinar mi propuesta-. Con tus recipientes, esta configuración será mejor.

—¿Puedes repetirlo? Me gustaría grabarlo.

—No exageres.

—Es tan raro que me des la razón...

—Me la das más a menudo de lo que recuerdas.

Seguimos trabajando durante varios minutos. Cuando terminamos, Mieczysław comprobó los ajustes del controlador y yo me aseguré de que no quedara ningún objeto innecesario dentro de la cámara. Finalmente nos colocamos delante del aparato, ambos con la documentación en las manos.

—¿Estás preparada? -preguntó.

—Desde hace meses.

—Te pregunto por ahora.

Lo miré. En su voz ya no había aquella distancia profesional. Observé el cansancio de su rostro, pero también algo parecido a la satisfacción. Aquel horno no era para él un proyecto más. Sabía que le importaba que su trabajo sirviera realmente a alguien. Conocía mis ambiciones y yo conocía su apego a las cosas bien hechas.

—También ahora -respondí.

Pusimos en marcha el controlador. La pantalla se iluminó y mostró los valores iniciales. Mieczysław observaba las indicaciones mientras yo vigilaba el comportamiento del aparato. No hubo ningún momento espectacular. Ningún estruendo ni destello impresionante. Solo una señal discreta del controlador y el primer cambio de temperatura. Y, sin embargo, tuve la sensación de que acababa de cerrar detrás de mí la puerta de una etapa de mi vida.

—Funciona -dije en voz baja.

—Por ahora ha empezado a funcionar. Para una evaluación completa tendremos que esperar.

—Déjame disfrutarlo un momento.

Se volvió hacia mí. La sonrisa que apareció en su rostro era serena y sincera.

—Disfrútalo. Te lo mereces.

No esperaba que precisamente aquellas palabras me produjeran tanta satisfacción. No dijo que había hecho un buen trabajo, ni se atribuyó ningún mérito. Dijo que me merecía aquella alegría. Como si viera en mí no solo a la persona que había encargado el horno y preparado el taller, sino a una mujer que llevaba mucho tiempo construyendo algo propio.

Durante las horas siguientes controlamos el desarrollo de la prueba. Mientras tanto, tomamos café y comimos unos bocadillos que había traído de casa. Mieczysław no se quejó de mi comida, aunque una vez había confesado que no entendía cómo alguien podía llamar desayuno a una rebanada de pan con queso. Esta vez se comió dos y pidió una tercera.

—No voy a alimentarte cada vez que vengas -anuncié.

—No hace falta. Sé prepararme un bocadillo yo solo.

—Lo sé. He visto tus creaciones. Dos lonchas de queso y tanta pimienta que aquello podría utilizarse como arma de defensa personal.

—Era una versión experimental.

—Algunos experimentos deberían quedarse en el cuaderno.

Se rio, y durante un momento lo observé de perfil. Conocía aquel rostro desde hacía años. Sabía cómo era cuando estaba concentrado, irritado o divertido. También sabía que, cuando escuchaba, no interrumpía a su

interlocutor simplemente para introducir un comentario propio. A pesar de todo, últimamente había empezado a fijarme en detalles que antes me parecían completamente normales. La manera en que dejaba siempre la taza en el mismo lugar. El hecho de que recordara que no me gustaba el café demasiado dulce. Y que, cuando hablaba de mis planes, nunca utilizaba la palabra «algún día», como si considerara que lo mejor de mi vida todavía no había quedado atrás.

Por la tarde realizamos una primera evaluación del funcionamiento del controlador. Los resultados parecían prometedores, aunque para un análisis completo tendríamos que esperar a que terminara el ciclo y el aparato se enfriara. Mieczysław tomó notas y yo añadí mis propias observaciones sobre la colocación de los sensores.

—Mañana podemos planificar la prueba con los esmaltes -dijo.

—¿Así que finalmente sí?

—No he dicho que no vayamos a probarlos. He dicho que hoy no.

—¿Siempre tienes que decir la última palabra?

—No. Me basta con tener la primera de vez en cuando.

Negué con la cabeza, pero no pude contener la sonrisa. Antes de marcharse, se detuvo junto a la mesa, donde todavía estaban las muestras.

—Esta serie es interesante -dijo, señalando una de las placas-. Especialmente esta, con la transición más clara.

—Quiero conseguir el efecto de piedra cálida, pero sin que la superficie quede demasiado lisa. Algunas piezas deberían parecer como si tuvieran una historia propia.

—Lo entiendo.

—¿De verdad?

—No todo tiene que ser perfectamente uniforme para estar bien diseñado.

Lo miré. Durante un instante tuve ganas de decir algo que no tuviera absolutamente nada que ver con el trabajo. Preguntarle si alguna vez también tenía la sensación de haber pospuesto ciertas cosas durante demasiado tiempo. Si pensaba en cómo habría sido su vida de no haber elegido siempre lo razonable. Pero no lo hice. En su lugar, le entregué la carpeta con los resultados.

—¿Mañana a las nueve? -pregunté.

—Si te viene bien.

—Me viene bien.

—Entonces, hasta mañana, Leokadia.

Por primera vez aquel día pronunció mi nombre sin el tono bromista de siempre. Le respondí de la misma manera.

Cuando se marchó, volví a la mesa y ordené la documentación. El horno funcionaba de acuerdo con lo previsto y mi plan para los próximos días seguía vigente. Aun así, sabía que algo había cambiado. Todavía no podía ponerle nombre a aquel cambio, pero no era exclusivamente profesional.

Capítulo 2 - Entre lo que compartimos

Al día siguiente llegó puntual. Esta vez no empezamos con café ni con bromas. Mieczysław dejó sobre la mesa una copia impresa del registro del primer ciclo y pasó directamente a los resultados. Durante la noche había analizado los datos del funcionamiento del controlador, comparado las temperaturas con las mediciones de control y preparado una lista de parámetros que todavía debíamos comprobar. No parecía un hombre que hubiera dormido poco, aunque lo conocía lo suficiente para saber que precisamente eso era lo que había ocurrido.

—No tenías que hacer todo eso durante la noche -dije mientras examinaba el documento.

—No lo hice durante la noche. Lo hice por la mañana.

—¿A qué hora?

—No me acuerdo.

—Es decir, temprano.

—Leokadia, no empieces el día controlando mis horas de sueño.

Levantó la cabeza y me miró durante unos instantes con expresión divertida. Acababa de repetirle sus propias palabras del día anterior. Por supuesto, se dio cuenta, pero no intentó defenderse.

—De acuerdo. Acepto la observación.

Pasamos a analizar los resultados. Las mediciones preliminares no indicaban ninguna anomalía importante, pero Mieczysław quería comprobar todavía las diferencias de temperatura en varios puntos de la cámara. Acepté, con la

condición de que no aplazáramos la prueba con los esmaltes sin un motivo concreto. No pensaba permitir que se nos fuera todo un mes preparando nuevas tablas.

—Tengo una propuesta -dijo cuando terminamos de revisar los documentos-. Hagamos tres cocciones controladas. La primera con muestras de tus esmaltes, la segunda con piezas pequeñas y la tercera con elementos que realmente tengas intención de presentar en la galería. Después de cada una comprobaremos los resultados e introduciremos los ajustes necesarios.

—¿Tres cocciones? ¿Cuánto tiempo supone eso?

—Si todo va según lo previsto, unas dos semanas.

—¿Y si no va según lo previsto?

—Entonces sabremos qué hay que corregir.

—No has respondido a mi pregunta.

—No puedo prometerte una fecha si todavía no conozco los resultados.

Lo observé durante unos instantes. Comprendí que no estaba intentando impedirme trabajar. Quería evitar una situación en la que las prisas me obligaran a aceptar un aparato que no cumpliera mis expectativas. Por otra parte, no pensaba entregarle el control absoluto del proceso. Era mi taller, mis ahorros y mi colección. Tenía derecho a decidir qué riesgos estaba dispuesta a asumir.

—Acepto las tres cocciones -dije-. Pero fijaremos las fechas con antelación. No las cambiarás simplemente porque encuentres otro parámetro que quieras comprobar.

—Y tú no introducirás piezas en la cámara sin que hayamos acordado juntos los ajustes.

—En lo que respecta a las primeras pruebas, de acuerdo. Después quiero utilizar el horno por mi cuenta.

—Por supuesto.

—Y no quiero que tomes decisiones sobre mis piezas cuando yo no esté presente.

—No tengo intención de hacerlo.

—Ni siquiera si consideras que haría algo de una manera distinta a la que dictan tus normas.

—Leokadia, yo diseño hornos. No tu vida.

Lo dijo con calma, sin ironía. Precisamente por eso no respondí inmediatamente. A lo largo de los años había conocido a personas que declaraban respetar mi independencia y que después intentaban explicarme cómo debía dirigir mi taller, cuánto tenía que trabajar y cuándo debía considerar que ya era suficiente. Mieczysław nunca se había comportado así, pero quería asegurarme de que nuestra colaboración no cambiaría aquella regla.

—Bien -dije finalmente-. Entonces tenemos un acuerdo.

Extendió la mano como si acabáramos de firmar un contrato importante. Se la estreché. Su mano era cálida y firme, y el gesto duró una fracción de segundo más de lo que exigía una formalidad corriente. No retiré la mía inmediatamente, pero tampoco hice nada que pudiera interpretarse como una invitación a algo más. Mieczysław tampoco intentó prolongar aquel instante. Simplemente soltó mi mano y volvió a los documentos.

—Una cosa más -dijo-. Necesito que me prepares una lista de los esmaltes y de las temperaturas con las que trabajas habitualmente. Quiero elaborar una tabla para las próximas pruebas.

—La tendrás esta noche.

—No tienes que darte prisa.

—Ya tengo las notas preparadas.

—Por supuesto que las tienes.

Sonrió como si acabara de recordar algo que sabía de mí desde hacía mucho tiempo. No hice ningún comentario. En lugar de eso, me puse a preparar las muestras. Las elegíamos juntos, aunque cada uno se fijaba en detalles diferentes. Mieczysław se interesaba principalmente por el comportamiento del material en determinadas condiciones. Yo observaba el color, la textura y la manera en que el esmalte combinaría con la forma del recipiente.

Se detuvo durante más tiempo ante una de las muestras.

—Esta puede darnos problemas.

—¿Por qué?

—Tiene una composición bastante compleja. No me gustaría que empezáramos por ella.

—La conozco desde hace años.

—Lo sé. No estoy diciendo que no sepas trabajar con ella. Digo que, para la primera prueba, elegiría algo más sencillo.

—¿Siempre eliges el camino más seguro?

—No. Elijo el que me permite comprender lo que ha sucedido.

—Parece una manera muy cómoda de evitar las sorpresas.

—¿Y a ti te gustan las sorpresas?

—En cerámica, a veces sí.

—¿Y fuera de ella?

Me sorprendió con aquella pregunta. Lo miré por encima de las muestras. Ya no tenía la expresión de concentración profesional de siempre. En su voz había aparecido una ligereza que no encajaba del todo con una conversación sobre temperaturas.

—Fuera del taller también sé apreciarlas -respondí-. Siempre que no impliquen tener que cambiar todos mis planes para el día.

—Así que no todas te gustan.

—Algunas, definitivamente, no.

—Lo recordaré.

No sé por qué aquellas dos palabras me sonaron distintas de lo habitual. Quizá porque llevaba años recordando muchas cosas que yo decía de pasada. Sabía que no me gustaba el café con leche, que en invierno prefería trabajar unos minutos con la ventana abierta antes que permanecer en una habitación demasiado caliente y que nunca tiraba mis primeras pruebas de cerámica, aunque hubieran salido mal. Con el tiempo había dejado de reparar en cuánta información sobre mí guardaba en su memoria.

Trabajamos hasta el mediodía. Cuando terminamos, Mieczysław propuso que comiéramos algo fuera del taller. Normalmente pedíamos comida o tomábamos café junto a la mesa mientras hablábamos de las siguientes fases del proyecto. Esta vez me preguntó si me apetecía ir con él a un pequeño restaurante situado junto a la carretera que conducía hacia Toruń.

—¿Para hablar del horno? -pregunté.

—No todo tiene que girar alrededor del horno.

—Eso suena sospechoso.